

Octava: “Bienaventurados los perseguidos por la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos” ***(Mt 5,10)***

Por lo pronto, es la más larga en su formulación. Al versículo 10, que es el que encabeza esta página, se añaden dos más: *“Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.”* En el versículo 11, el término *justicia* es sustituido por la frase *por mi causa*, y en el 12 sencillamente se constata que esto no es ninguna novedad, pues siempre se ha *perseguido a los profetas*.

Las dos aclaraciones tienen su importancia. En primer lugar, el término *justicia* lo teníamos pendiente desde la 4ª **Bv**. Allí tan sólo dimos la cita de **Mt 5,20**: *“Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos.”* Las **Bvs** 5ª y 6ª nos revelaron que la “justicia” de los fariseos -¡y la nuestra en más de una ocasión!-, consistía en las “justificaciones”. Hoy vamos a ver cual fue la *justicia* por la que fue perseguido Jesús. Pues bien, con el versículo 11 nos revela que si en el 10 decía *los perseguidos por causa de la justicia*, esta “causa” se identifica con el mismo **Jesús**.

Si lo que Jesús nos ha ido planteando a lo largo de las 7 **Bvs** que llevamos vistas es, desde el “¿qué nos parece?” y el “si quieres”, sencillamente **seguirle**, no precisamente en una ideología, sino en **su vida**, su forma de ir por la vida, esta última identificación de la **justicia** con el mismo **Jesús**, ilumina grandemente el alcance de esta **Bv**. No cualquier “justicia” que nos cause persecución va a hacernos “bienaventurados”, sino la que posibilite el “Reino de los cielos” en presente. Y, a estas alturas, podemos descubrir hasta qué punto ese “Reino de los cielos”, que como hemos visto repetidamente empieza por la possibilitación de una “fraternidad objetiva”, es imposible si vamos por la vida con posturas opuestas a las que Jesús nos ha planteado en las 7 **Bvs** primeras.

Y aquí conviene traer la formulación de Lucas que también es la más extensa. **Lc 6, 22-23**: *“Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, que vuestra recompensa será grande en el cielo. Pues de ese modo trataban sus padres a los profetas.”* Aquí no sale la palabra “justicia”, y Jesús es designado por el título mesiánico preferido por él, **Hijo del hombre**, que en estos días hemos ido identificado con el **uno de tantos** de Flp 2, 6-8 y que hoy descubriremos todo su alcance.

Pero, tanto el versículo 12 de Mateo como el 23 de Lucas, añaden una constatación histórica: esto no es ninguna novedad, siempre han sido perseguidos los profetas verdaderos, mientras los “falsos” han sido aplaudidos. Es lo que Lucas formula en la última de sus “contra-bienaventuranzas”. **Lc 6, 26**: *“¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, pues de ese modo trataban sus padres a los falsos profetas”,* y en **2 Tim 4, 3-4** se nos anuncia lo mismo: *“Porque vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades; apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas.”*

Es decir, el ser humano siempre se ha buscado “profetas” que justifiquen sus cinismos, -¡los necesita!-. Pero el profeta que nos enfrenta con la propia incongruencia, nunca lo hemos querido. Nos encantan los profetas que fustigan a los demás, pero nunca aceptaremos a los que desenmascaran nuestras justificaciones: a éstos, los perseguimos. Quizás no esté de más que cada uno de nosotros nos preguntemos cuales son nuestros “profetas perseguidos”, pues cada cual tendrá los suyos. Nos encanta ser tenidos por profetas e incluso pretendemos serlo, pero posiblemente primero tendríamos que hacernos la pregunta que nos plantea esta constatación histórica que Jesús añade a su última Bienaventuranza.

Como leí no sé dónde, esta **Bv** expresa todo el dinamismo que la aparente pasividad de las anteriores provocan en el “mundo”. Por otro lado va a ser el único “control” o comprobación de que se viven las anteriores.

PRIMERA PARTE: CÓMO VIVIÓ JESÚS ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO SOBRE LA PERSECUCIÓN.

Por qué Jesús fue perseguido es importante aclararlo, pues así nos enteraremos de qué **justicia** nos habla, ya que la de los escribas y fariseos nos avisó que no nos llevaría al Reino de los cielos. Pero, como siempre Jesús nos va a sorprender. Ya en el largo enunciado de esta **Bv** nos avisaba que esta “persecución” ha de ser “por su causa”, y el mal que digan de nosotros ha de ser “con mentira”. Por lo tanto no cualquier persecución entra en la **Bv** que nos ocupa.

1.- Qué persecución sufrió Jesús y cómo la vivió.

Y aquí tenemos que empezar con una observación de gran trascendencia: **Jesús nunca buscó la persecución**, o dicho de otra forma, **Jesús nunca se sintió víctima**.

Así como hay personas que les horroriza el conflicto y, por bien de paz, dejan de afrontar problemas serios; existe también el que necesita el conflicto para sentirse vivo. Necesita el “compromiso” heroico para estar satisfecho de sí mismo. La versión más retorcida de esta tendencia a aprovechar el conflicto, pero la más corriente, es la victimez. Ésta es el ‘taburete’ más apetecido: “Si tú supieras...” exclaman sus adictos (esperando tu admiración y compasión), mientras las personas que de verdad han sufrido nunca se exhiben y apenas te enteras de lo que han tenido que afrontar por ellas mismas.

Esta versión de la persecución como “victimez” tiene hoy día un alcance inesperadamente generalizado. Veamos lo que Pascal Bruckner nos describe en su libro **La tentación de la inocencia** a propósito de este tema: *«Este es el mensaje de la modernidad: sois todos unos desheredados con derecho a lloriquear por vosotros. Habéis sobrevivido a vuestro nacimiento, a vuestra pubertad, sois los supervivientes de este valle de lágrimas que se llama existencia (en Estados Unidos de está desarrollando una verdadera literatura de la supervivencia en la que aquellos que han superado una prueba, por nimia que ésta sea, se la cuentan a los demás). El mercado de la víctima está abierto a cualquiera, siempre y cuando*

pueda lucir una buena desolladura y el sueño supremo consiste en convertirse en mártir sin haber sufrido nunca más desgracia que la de haber nacido. En nuestras latitudes el individuo se concibe a sí mismo por sustracción: quitando los poderes, las iglesias, las autoridades y las tradiciones hasta quedar reducido a ese soporte minúsculo, el Yo, independiente de todos y de todo, aislado, aligerado pero también infinitamente vulnerable. Solo frente al poder del Estado, frente a ese gran Otro que es la sociedad, inquietante, inmensa, incomprensible, se asusta de verse reducido a sí mismo. Sólo le queda entonces un recurso: rehacer su sentido a partir de sus heridas, que amplifica, que engrandece con la esperanza de que le confieran una cierta dimensión y de que por fin se ocupen de él» (pp. 143-144).

Esta situación, que tiene más de patológica que de verdadera, es una manera más de aprovecharse nuestro psiquismo de las circunstancias más peregrinas para proteger y reforzar su narcisismo. Pues bien, estas patologías, reflejo de una debilidad psíquica, no tuvieron cabida en Jesús. Pasemos, pues a comprobar en el **Ev** lo que estamos diciendo.

En **Mt 12, 14-15**: *“Pero los fariseos salieron y tomaron en consejo la resolución de perderlo. Sabiéndolo, Jesús se alejó de allí...”*. Jesús al enterarse de la amenaza se quita sencillamente de en medio. El “héroe” no hubiese tenido esta reacción. Pero tampoco aparece el “lloriqueo”, pues el **Ev** comenta a renglón seguido: *“Le siguieron muchos y los curó a todos. Y les mandó enérgicamente que no le descubrieran...”* y el evangelista cita a **Is 42, 1-4**, que comentamos detenidamente en la **2ª Bv**. Pero nada de victimeces.

La siguiente cita sorprende más: es su reacción ante la noticia de la muerte de Juan el Bautista: la escena no puede ser más trágica y absurda: **Mt 14, 3-13**: *“Es que Herodes había prendido a Juan, le había encadenado y puesto en la cárcel, por causa de Herodías, la mujer de su hermano Filipo. Pero Juan le decía: ‘No te es lícito tenerla.’ Y aunque quería matarle, temió a la gente, porque le tenían por profeta. Mas llegado el cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías danzó en medio de todos gustando tanto a Herodes, que éste le prometió bajo juramento darle lo que pidiese. Ella, instigada por su madre, ‘Dame aquí, dijo, en una bandeja, la cabeza de Juan el Bautista’. Entristecióse el rey, pero, a causa del juramento y de los comensales, ordenó que se le diese, y envió a decapitar a Juan en la cárcel. Su cabeza fue traída en una bandeja y entregada a la muchacha, la cual se la llevó a su madre. Llegando después sus discípulos, recogieron el cadáver y lo sepultaron; y fueron a informar a Jesús. Al oírlo Jesús, se retiró de allí en una barca, aparte, a un lugar solitario. En cuanto lo supieron las gentes, salieron tras él viniendo a pie de las ciudades...”* a continuación viene la primera multiplicación de los panes.

A pesar de la truculencia del relato, conviene resaltar algunos detalles que reflejan lo que tantas veces hemos repetido: el **Ev** está lleno de *paparazzi*. En efecto, la escena refleja algo, por desgracia, bastante corriente: la incongruencia del ser humano, que no tiene límites. Por lo pronto se nos dice que Herodes quiere matar a Juan porque le echaba en cara que viviese con la mujer de su hermano, pero por miedo a la gente no lo llevaba a efecto. Sin embargo, Marcos comenta que *“Herodes temía a Juan, sabiendo que era hombre justo y santo, y le protegía; y al oírle, quedaba muy perplejo, y le escuchaba con gusto”*. Por eso se *“entristece”* cuando la muchacha le pide su cabeza.

Pues bien, este Herodes, que no había por dónde cogerle desde el punto de vista moral,

ante el *juramento* que en presencia de los comensales ha hecho, se pone “digno” y se siente obligado a cumplirlo. Esto, por desgracia ocurre con más frecuencia de lo deseado en nuestra cotidianidad. Estamos llenos de inconsecuencias y, de repente, nos sale la “dignidad” para justificar una intransigencia. ¡Cuántas veces el “deber” camufla cinismos o miedos vergonzosos!

Pero pasemos a lo que nos interesa: la reacción de Jesús ante el brutal acontecimiento. No va a pedir cuentas a Herodes de lo que ha hecho con su primo. Sencillamente se retira a un lugar solitario. Aquí resalta, de una forma especialmente llamativa, que Jesús no fue de héroe por la vida. Casi nos “escandaliza”. Desde luego, esta postura no tiene nada que ver con ese protagonismo “comprometido” del que no pasa una y tiene la convicción de que si no fuese por él y sus denuncias, el mundo no tendría “esperanza”. Pero todos estos compromisos son “con mando a distancia”. Sin embargo, cuando uno no va de héroe, sino como “uno de tantos”, la cosa no hace ruido, pero a la larga tiene más alcance porque no te quedas solo y todos van avanzando, lentamente, pero avanzando.

La siguiente cita es **Jn 8, 57-59**: “Entonces los judíos le dijeron: ‘¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abraham?’ Jesús les respondió: ‘En verdad en verdad os digo: antes de que Abraham existiera, Yo Soy.’ Entonces tomaron piedras para tirárselas; pero Jesús se ocultó y salió del templo”. La reacción sigue siendo la misma: se quita de en medio.

Poco después Juan vuelve a relatar otra escena con el mismo desenlace. Ante la afirmación de Jesús de que él era *igual al Padre*, y que era *el Hijo de Dios*, comenta el evangelista: “Querían de nuevo prenderle, pero se les escapó de las manos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde Juan había estado antes bautizando, y se quedó allí.” (**Jn 10, 39-40**) Este último desaparecer de escena va a proporcionarnos el dato más expresivo de lo que estamos queriendo destacar. Veamos lo que ocurre en este lugar al que se han ido para quitarse de en medio.

En efecto, **Jn 11, 1-8** relata la reacción de Jesús y de los discípulos ante el aviso de que su amigo Lázaro estaba enfermo: “Había un cierto enfermo, Lázaro, de Betania, pueblo de María y de su hermana Marta. María era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro era el enfermo. Las hermanas enviaron a decir a Jesús: ‘Señor, aquél a quien tú quieres, está enfermo.’ Al oírlo Jesús, dijo: ‘Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.’

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, permaneció dos días más en el lugar donde se encontraba. Al cabo de ellos, dice a sus discípulos: ‘Volvamos de nuevo a Judea.’ Le dicen los discípulos: ‘Rabbi, con que hace poco los judíos querían apedrearte, ¿y vuelves allí?’ Jesús respondió: ‘¿No son doce las horas del día? Si uno anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo, pero si uno anda de noche, tropieza, porque no está la luz en él.’ Dijo esto y añadió: ‘Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy a despertarlo.’ Le dijeron los discípulos: ‘Señor, si duerme, se curará.’ Jesús lo había dicho de su muerte, pero ellos creyeron que hablaba del descanso del sueño. Entonces Jesús les dijo abiertamente: ‘Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Pero vayamos donde él.’ Entonces Tomás, llamado el Mellizo, dijo a los otros discípulos: ‘Vayamos nosotros a morir con él’ ”.

La escena, como hemos dicho, expresa con más fuerza que las anteriores que la reacción del grupo en caso de peligro siempre era quitarse de en medio. Pero además aquí

aparece todo el humor de Jesús frente al grupo de discípulos que no echaban de menos lo contrario. En efecto, al proponer Jesús la vuelta a Judea, ellos reaccionan como lo hacemos cuando tenemos miedo (¡Otra vez los *paparazzi!*): “*Rabbi, hace poco que los judíos querían apedrearte, ¿y vuelves ahí?*”, como si dijeran: “Bien sabe Dios que es por ti...” Es decir, se extrañan que proponga volver cuando hacía poco habían tenido que salir huyendo porque los apedreaban. Pero no lo dicen incluyéndose ellos. A nadie le gusta declarar su miedo.

Pero la manera de tomar la decisión revela el humor de Jesús frente el grupo. Le gustaba pasarlo bien con ellos y verlos desconcertados. Por eso les dice: “*Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarle.*” La respuesta era de esperar y expresa el miedo que les invade. “*Señor, si duerme, se curará.*”... ‘es la mejor señal de que está mejor, y tú ahora vas a despertarlo...’ El pánico late en estas palabras. El evangelista comenta que Jesús hablaba *del descanso del sueño*. Eso está muy bien desde el punto de vista de lo que va a suponer la “resurrección de Lázaro”, pero él dijo que dormía, y esto es lo que motivó la extrañeza llena de miedo de los discípulos. Le gustaba verlos desconcertados.

Y siguen las escenas divertidas: ante la afirmación de que “*Lázaro ha muerto*”, el que reacciona es uno que nunca había abierto el pico en todo el **Ev**, ‘Tomás, el Mellizo’. Pedro, el que siempre se adelantaba para lucirse, pero que no era precisamente un ‘echado pa’lante’ a la hora del peligro, como lo demostrará en las negaciones, no reacciona a tiempo, y lo hace el que nunca ha dado muestras de nada. De detalles así está llena nuestra vida cotidiana.

La escena, pues, confirma con más contundencia incluso que las anteriores, al ser indirecta, que ante el peligro, desaparecían. ¡No buscaban el conflicto por el conflicto, ni se sintieron víctimas!

Pero pasemos a lo que más nos importa. Está claro en el **Ev** que **Jesús fue perseguido**; pero, ¿por qué? Esto es lo que ahora vamos a abordar.

En **Mc 2, 23 - 3, 6** (y el paralelo en **Mt 12, 1-14**) aparece el conflicto de la postura de Jesús respecto al *Sábado*. La segunda escena de la cita ya la vimos detalladamente en la **2ª Bv** y la primera es la de los discípulos arrancando espigas para desgranarlas y comérselas ‘en sábado’. La reacción de Jesús es clara: tanto en el caso de las espigas como en el de la mano paralizada: no hay violación del “sábado”, porque “*el sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado. De suerte que el Hijo del hombre también es Señor del sábado.*” (Mc 2, 27-28) Es decir, Jesús pone al ser humano por encima del sábado, por encima de la Ley de Dios, y eso es blasfemo para los fariseos. **Para Dios la persona humana está en el centro, no la Ley.** Ya vimos, por otro lado en la **6ª Bv**, la obviedad de esta postura: toda ley apunta a ‘salvar al hombre’...

Pues bien esta postura va a escandalizar a los fariseos hasta tal punto que “*...en cuanto salieron se confabularon contra él para ver cómo eliminarle*” (Mt 12, 14) Pero en la versión de Marcos encontramos un dato importante: “*En cuanto salieron los fariseos, se confabularon con los herodianos contra él, para ver cómo eliminarlo.*” (Mc 3, 6) Los fariseos y los herodianos no podían ni verse, pero con tal de quitar de en medio a Jesús se unen. Es un dato tan estremecedor como verdadero: une más el odio que el amor. Una vez eliminado el enemigo común se comerán vivos entre sí; pero, antes, su unión no puede ser más sólida. Una vez más el **Ev** nos retrata situaciones humanas que siguen repitiéndose. ¡Cuántas veces deberíamos preguntarnos por la causa de ‘solidaridades’ muy aplaudidas! Me horroriza el grito de “el

pueblo unido jamás será vencido”, porque es verdad. Pero el problema es por qué se ha unido, pues la unidad no autentifica la causa.

En **Jn 5, 16-18** nos encontramos con el siguiente comentario: “*Por eso los judíos perseguían a Jesús, porque hacía estas cosas en sábado. Pero Jesús les replicó: ‘Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo. Por eso los judíos trataban con mayor empeño de matarlo, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios.’*”

Poco después Juan vuelve a recoger otra escena en la que aparece con más fuerza esta causa. **Jn 10, 30-33**: “... ‘Yo y el Padre somos uno.’ Los judíos trajeron otra vez piedras para apedrearle. Jesús les dijo: ‘Muchas obras buenas que vienen del Padre os he mostrado. ¿Por cuál de esas obras queréis apedrearme?’ Le respondieron los judíos: ‘No queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino por una blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios’...”

Estas dos citas añaden al problema del sábado (de la Ley), otro no menos presente en la experiencia humana. Es peligroso aproximar demasiado Dios al hombre. Dios debe siempre quedarse en su sitio, en el cielo, y, a lo más en el templo, pero que no se mezcle en nuestras cosas de aquí abajo. Eso de decir que cuando yo hago algo a otro, a Dios se lo hago, es demasiado peligroso, ‘me quita la paz’... Recuerdo en los años 70 cuando alguno de los curas que estábamos trabajando manualmente teníamos algún conflicto con la policía, siempre se nos decía: “Los curas a la sacristía...”

Resumiendo, he aquí las dos causas por las que Jesús fue perseguido: por poner al ser humano como clave de toda ley, incluso la Ley divina, y por aproximar a Dios excesivamente a nuestra realidad. Es decir, ahora tenemos claro el sentido de aquella **justicia** de la que teníamos que tener “hambre y sed” y que debía ser “mayor que la de los escribas y fariseos”: una justicia que recupera y salva al hombre, porque Dios mismo se hace cargo de nuestra debilidad. La “justicia” de la que hay que tener hambre no es ni la “propia justificación”, ni el “ojo por ojo”, ni siquiera la Ley de Moisés que nos “justifica”, sino un **Dios hecho carne** que nos sale al encuentro cotidianamente en el que sufre cualquier carencia, mal, injusticia.

Pero aquí viene la sorpresa: ninguna de estas razones por las que fue perseguido Jesús desencadenaron su detención. Juan va recogiendo numerosas ocasiones provocadas, sobre todo, por hacerse *igual a Dios*, en las que su detención hubiese sido lo lógico, pero no se llevó a efecto. Recojamos algunas de ellas para resaltar la “decisiva”:

- **Jn 7, 25-26**: “*Decían algunos de los de Jerusalén: ‘¿No es éste a quien quieren matar? Mirad cómo habla con toda libertad y no le dicen nada. ¿Habrán reconocido de veras las autoridades que éste es el Cristo?’*”

- **Jn 7, 30-32**: “*Querían, pues, detenerle, pero nadie le echó mano, porque todavía no había llegado su hora. Y muchos entre la gente creyeron en él y decían: ‘cuando venga el Cristo, ¿hará más señales que las que ha hecho éste?’ Se enteraron los fariseos que la gente hacía estos comentarios acerca de él y enviaron guardias para detenerle...*”, pero no se lleva a cabo dicha detención.

- **Jn 7, 43-44**: “... *Se originó, pues, una disensión entre la gente por causa de él. Algunos de ellos querían detenerle, pero nadie le echó mano.*”

- **Jn 8, 20**: “...*Estas palabras las pronunció en el Tesoro, mientras enseñaba en el Templo. Y nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora.*”

